

Señores, no es defenderse. La sociedad, pues, en el caso de tentativa de un delito, nada podría hacer, si su derecho de castigar proviniera de la necesidad de la defensa.

En el caso de perpetración actual de un crimen, no serían mayores los derechos de una sociedad: si el ofendido individualmente consigue defenderse, ¿qué tendría que hacer aquella? Repelido el ataque, los derechos individuales y sociales fueron puestos en salvo, fueron defendidos: si el ofendido no se defendió, entonces la sociedad debía en aquel acto armarse para conservar el orden protegiendo los derechos de las personas; pero si se desentendió de este deber, si dejó trascurrir algún tiempo después del ataque, un día, una hora, un minuto, entonces ya no se defiende porque el peligro desapareció: entonces castiga ó por justicia, ó se venga.

Debemos ahora tomar en consideración qué haría la sociedad en caso de un delito consumado. Fácil es resolver esta cuestión; nada: esta sola palabra desata las dificultades que se nos presentaran. El delito se consumó, el peligro desapareció, cesó el ataque; luego ya no puede haber defensa, porque esta según hemos dicho, es la reacción necesaria en el ofendido, provocada por la acción del ofensor: si este termina, aquella desaparece.

Aún esta sujeto á otro inconveniente el sistema de la defensa: admitido que la sociedad quedaría desarmada . . .

(Inédito.)

Trabajo hecho á la edad de 23 años.

BORRADOR DEL DISCURSO PRESENTADO
EN LA APERTURA DE LAS SESIONES DE LA SOCIEDAD LITERARIA DE

"LA ESPERANZA"

EL 1.º DE NOVIEMBRE DE 1853.

Señores:

Hoy por la quinta vez, tiene lugar una solemnidad que siempre ha llenado de júbilo á nuestros corazones: hoy, después de haber suspendido nuestras tareas por el tiempo que el Reglamento lo permite, nos volvemos á encontrar reunidos, para seguir la larga y difícil, pero al mismo tiempo hermosísima carrera de la literatura, y hoy como siempre llenos nuestros pechos de inextinguible entusiasmo nos lanzamos ávidos de gloria, á los trabajos que voluntariamente nos hemos impuesto. ¡Socios de «La Esperanza,» recibid por ello mis mas ardientes felicitaciones.

¡Salud, Sociedad literaria de la Esperanza! Alégrate, alégrate, sí, porque tus miembros con el corazón henchido de fé y con la frente levantada, marchan audaces á esculpir tu nombre en las páginas de la historia; porque de tu seno se remontarán hasta los cielos, orgullosos como el águila, genio que te hagan ilustre; porque tú verás á tus hijos, rivales dignos de los sabios del antiguo mundo, trabajar sin descanso en ensanchar los límites de la inteligencia huma-

nal ¡Alégrate, Sociedad de la Esperanza, porque tú darás ópimos frutos que aprovecharán á la humanidad toda. . . ; el porvenir es tuyo, y no lo dudes, alcanzarás la gloria de contribuir al engrandecimiento de la ciencia, que hace felices al hombre y al género humano por sus aplicaciones prácticas!!! . . .

¡Qué hermoso destino, Señores! ¡Qué cuadro tan halagüeño! Yo no puedo contemplarle sin sentir la emoción mas grata y profunda: mi corazón se estremece tocado del placer mas puro, y mi entusiasmo desbordándose por todas partes, me hace despreciar los obstáculos que para la realización de esa esperanza, encuentra: obstáculos pequeños, comparados con la grandeza y magnitud de nuestro destino; obstáculos que nuestra constancia separará de nuestro camino allanándole; obstáculos, en fin, que despreciamos fuertes con la unión indisoluble de amistad y que no conseguirán desarmar á nuestros corazones ocupados por la idea dominante de conquistarnos una página en la historia de las letras, para libertarnos así del olvido eterno que es el lote de los hombres vulgares! . . .

Mi entusiasmo, Señores, me ha llevado sin sentirlo, hasta arrancar al porvenir sus más ocultos secretos: he atravesado, adelantándome al pausado curso de los tiempos: las huellas por donde las generaciones futuras andarán. . . y el porvenir no ha podido conservar tenebrosos sus abismos ante la luz de la fé que me hace marchar con tranquila esperanza. Mi entusiasmo me ha colocado en el punto de vista mas hermoso, desde donde pudiera verse á esta sociedad; y mi deber, en un día como este y una solemnidad como la presente, me advierte la obligación de demostrar que aquellas esperanzas no son quiméricas ilusiones, sino hechos que aparecerán en la escena de la realidad. De esta manera, mis consocios, que participan de mi fé, y que crean mis palabras, se regocijarán conmigo á la vista de espectáculo tan deseado; y los que escépticos, re-

leguen al mundo de las fantasías mis esperanzas, viendo la facilidad de realizarlas, tomarán parte en la obra grandiosa en que nos ocupamos. Yo no concibo, Señores, que mi discurso pudiera tener otro objeto mas digno de este día; entro, pues, en materia.

La humanidad en medio de los continuos vaivenes que de tiempo en tiempo hacen bambolear al mundo; en medio de esa prodigiosa actividad que la caracteriza, actividad hasta cierto punto funesta, que la hace resolverse contra sí misma, lleva dentro su pecho siempre vivo, siempre inextinguible el deseo de su felicidad y bienestar. Ni el trascurso asolador del tiempo que todo lo destruye, ni el frenesí ciego de las revoluciones que hacen cambiar hasta la esencia de las cosas, si se puede hablar así: ni la sucesión continua de las épocas, que llevan, cual los individuos, sus caracteres marcados y salientes; ni las doctrinas, ya filosóficas, ya religiosas que se han disputado sucesivamente el imperio del mundo y que tanta influencia ejercen en el hombre, nada, nada es poderoso á entibiar aquel sentimiento. Y esto sucede, Señores, os lo diré en breves palabras y sin necesidad de revolver sistemas de filosofía, porque es una ley moral de cuyo yugo nadie puede eximirse, el que el hombre busque siempre su felicidad; ley grandiosa, de importantes trascendencias que marca la inmensa distancia que hay del ser inteligente á la bestia.

Consecuencia necesaria de esa ley es el fenómeno que se hace sentir de una manera palpable en la historia de los pueblos: es la ley de la perfectibilidad, la ley del progreso, la ley del porvenir, la ley de la esperanza, la que hace tan hermoso el destino futuro de las naciones; la que distingue al ayer del mañana, y la que, por decirlo en una palabra, separa con inconmensurable distancia al siglo XIX del siglo XVIII! . . . Importantísima ley de la humanidad que sin apreciarla en su alto valor, la historia es incomprendible y léjos de verla como el curso práctico de la

verdadera filosofía, se nos presentaría como un enigma cuyos oscuros misterios jamás podríamos conocer.

Por más que ciertos escritores se esfuercen en probar que el mundo marcha al acaso, es lo cierto, porque la filosofía de la historia nos lo revela muy claramente, que las generaciones siguen una ruta derecha, si bien con paso tardío: ruta que está marcada por la ley moral de que hablaba hace poco, por la necesidad absoluta del progreso en el hombre y en las naciones, ruta de la cual la humanidad no se separa aun á pesar de los estorbos que en todas épocas se le han opuesto.

Y, para no divagarme, separándome del objeto que tiene mi discurso, y sin entrar en las cuestiones delicadas que nacen de esa necesidad del progreso, base de la filosofía de la historia, diré, únicamente para el que sienta algún escrúpulo en compartir mis opiniones, que la sola contemplación de lo que en nuestro siglo pasa, basta á convencernos de la existencia de lo que he llamado ley de la humanidad; compárese al hoy con ayer y se notará el camino que el género humano ha hecho en tan corto tiempo. La Francia, esa nación privilegiada á quien ha cabido en suerte marchar á la vanguardia de la civilización, dista hoy mucho de ser lo que fué con todas sus luces en el siglo XVIII. Si me empeñara en demostraros tal verdad, no merecería mi falta indulgencia de vuestra parte.

La ley del progreso que impera del oriente al poniente y del norte al septentrión, se ha hecho sentir fuertemente entre nosotros. Y os debo advertir de paso, para que no se digan exageradas mis ideas, que por una desgracia, esa ley no obra con igual influencia en todas partes; hay naciones aletargadas en un sueño punible, para quienes los hechos son mudos, y contentas de lo que son, no aspiran á caminar al paso de la civilización. Tal había sido la suerte de México hasta la generación presente: pero esa situación no podía prolongarse por un tiempo indefinido. Llegó el

día en que nuestra patria ambicionara ser hermana de las naciones civilizadas del antiguo mundo; y hé aquí que sus hijos, como despertándose de un profundo sueño, han comprendido la importancia de los tiempos, y cumplen con la ley del adelanto.

No llevéis á mal, Señores, el que yo haga aplicaciones de las verdades grandiosas que dejo asentadas, á nuestra pequeña Sociedad: si no hablara entre jóvenes cuyo corazón es capaz de grandes concepciones, y para quienes es tan caro el porvenir de esta Sociedad, y con la historia en la mano, desarmaría la burla sarcástica de los que consideraran como necedades orgullosas nuestras altas, sí, pero no exageradas pretensiones: yo contaría, como infinitas sociedades literarias que hoy rinden considerables servicios á la ciencia, fueron en su origen, más despreciables que la nuestra. ¿Y si aquellas se han colocado hasta la altura donde están, qué razón puede haber para negar á esta igual destino?

Felizmente para nosotros, Señores, la época que atravesamos, es una época eminentemente científica y práctica. Nuestro siglo ve ya, si no con desprecio, sí con indiferencia todas aquellas cuestiones que, estériles en sus resultados, solo sirven para ejercitar los embrollados y capciosos ingenios que tan triste celebridad han adquirido; cuestiones cuyo recuerdo nos conserva la historia, así para mostrarnos cual fué la desgraciada suerte de las letras en tiempos pasados, como para arrancarnos un sentimiento de lástima en favor de los que no comprendieron cuan grande es la influencia del pensamiento en la realidad de la vida. Los empolvados pergaminos de la edad media pasaron con su época, y ahora, arrinconados en las bibliotecas, solo son hojeados por los sabios que más bien que á la obra, estudian al autor, impregnado de todas las virtudes y defectos de su tiempo: las interminables disputas de teología y metafísica, que tanta sangre costaron al mundo, han en-

mudecido ante el ruido de la prensa: esta las rechaza, ocupado, como se halla en propagar toda clase de conocimientos útiles. Nuestro siglo pone hoy á contribución los adelantos positivos que hicieron las generaciones pasadas, y utilizándolos más y más, merced á su civilización y sus prodigiosos recursos, los aplica á la mejora y adelanto de los pueblos. No, no temáis que una sola idea se pierda en medio del confuso vocerío que se alza de las naciones que hoy pueblan el mundo. La que es verdaderamente social, es acogida por un millón de prensas y desparramada luego por los cuatro ángulos del orbe.

Este carácter de nuestro siglo que tanto le distingue de cualquiera otro, es uno de los mejores apoyos con que podemos contar para nuestro propio engrandecimiento. ¿Qué importa para los pueblos que una idea de progreso salga por la vez primera de los espléndidos salones de la Academia francesa, ó se anuncie en la reunión de amigos que se titula «Sociedad Literaria de la Esperanza.» ¿Qué diferencia esencial puede haber en los resultados prácticos de esa idea, ya sea uno de vosotros quien la anuncie el primero, ó un sabio europeo quien la haga extenderse por el mundo? Yo, Señores, os aseguro que nuestro siglo no despreciará un adelanto que le tracéis vosotros, tan solo porque no se anunció primero en las Universidades de Oxford ó de Bolognia. Esencialmente especulador, no hace caso de ridículas exterioridades; ansioso de adelantos, lo mismo se aprovecha de las meditaciones de los sábios del antiguo mundo, que de los estudios de los hijos de nuestro país.

Inútil es, insistir en la grande importancia filosófica, religiosa, política y social que las letras han adquirido en nuestros tiempos: esta verdad, es de todos conocida. Y yo atribuiría por causa á ese hecho, el que el pensamiento, en su actividad sin límites, ha conquistado el imperio del mundo, que la fuerza brutal por tantos siglos le había usurpado. En nuestras circunstancias, una idea es poderosa á de-

ribar y reconstruir el edificio social, lo que es ya de todo punto imposible á los ejércitos. Este mismo hecho, de tan grandiosas consecuencias y que se vá haciendo ya palpable en la esfera de todas las sociedades civilizadas, forma la tendencia de nuestro siglo á un nuevo estado de cosas. Y esa tendencia omnipotente, arrastrará á las naciones al orden que por tanto tiempo ha sido la esperanza de los sabios y el objeto de burla para los que no comprenden el espíritu de la época en que vivimos. ¡Qué bello porvenir el de las sociedades modernas en cuyo seno germina ese deseo, que según la expresión de un escritor contemporáneo, se convierte en necesidades imperiosas á la que no pueden ménos que someterse los dominadores del orbe! . . . [Ijizot.]

Pero aun hay mas: un sabio del siglo XIX, no es uno de aquellos fanáticos embusteros del siglo XII, que encerrado en su gabinete, infundía miedo por sus cabalísticas maniobras á sus ignorantes contemporáneos: no es ya aquel egoísta recopilador de obras indigestas que miraba con profundo desdén á la turba que lo llamaba sabio; no: en el siglo XIX, el sabio es el cosmopolita filántropo que pasea sus miradas por el orbe todo y que se duele de la suerte de los pueblos: es el hombre que vé á todos los hombres como hermanos, y que cura con afán sus dolencias: es el que conociendo el precio del ser humano, predica la santidad de sus derechos. Aquel patriotismo egoísta que caracterizó á los antiguos pueblos, para quienes un extranjero era una fiera, por valerme de sus propias palabras, es incomprendible para él, y su conducta pudiera muy bien compendiarse en dos palabras: humanidad, fraternidad. . . . Fraternidad, sí, porque proclama por sus hermanos á todos los hombres, porque ni la distancia más remota, ni las diferencias de las razas, ni otra circunstancia alguna, le hace despreciar al más pequeño individuo de la especie humana. . .

Este sacerdocio tan santo con que están ahora revestidos los sabios, uniéndoles en sus tareas, los hace verse como compañeros de sus trabajos. ¡Los sabios de todos los países son colaboradores en una misma obra! . . . ¡Y del uno al otro polo, se extienden la mano y se reconocen y se proclaman hermanos!!! . . . El moralista, que con hermoso seductor estilo descubre los vicios de la sociedad no está reñido con el filósofo que en medio de sus altas meditaciones abandona el mundo que pisa, ni el teatro está divorciado de las ciencias exactas . . . Todos los ramos del saber humano, se dirigen á un solo fin, y los que los cultivan, comprenden la necesidad de la unión . . .

Llegado á este punto, creo que me es lícito preguntar: ¿quien, que conozca los hechos que acabo apenas de apuntar, negará con sensatez, que la «Sociedad literaria de la Esperanza,» tiene un porvenir grandioso, que es bastante á llenar las más elevadas pretensiones? ¿Quién podía disputarle el lugar que en la historia de las letras, ambiciona? ¿Quién podrá arrojarnos en nuestra cara una sonrisa de burla, cuando hablamos de los proyectos atrevidos que hemos concebido, y cuya realización forma nuestros más dulces ensueños? Si alguno lo hiciera, eso serviría para recordarnos que hay necios que despreciar ó retrógrados á quienes mirar con lástima.

Conocéis, Señores, la situación en que nos encontramos, y sabéis bien que ella es favorable porque secunda poderosamente nuestros deseos. El mundo que marcha, no nos aplastará, ni nos hechará en cara un quietismo vergonzoso: la ley del progreso cuyo impulso seguimos dóciles nos lleva hácia adelante: la tendencia de nuestra época nos augura un porvenir brillante; y la importancia colosal de la literatura nos anuncia que trabajamos en la obra del siglo XIX, y por último, la filantrópica fraternidad de los sabios, nos estimula á trabajar sin descanso para poder hombrear algún día con los hombres cuya reputación extendida por

el mundo todo, los hace mirar como á dioses tutelares del género humano. ¿Estimais en poco todos estos motivos de creencia para juzgar que nuestra Sociedad, de páginas de gloria á la historia de nuestra patria? Ella está secundada por el espíritu del siglo, y ese espíritu es, Señores, el soplo de Dios sobre la tierra . . . ¡El soplo que anima huesos secos, el soplo que de un osario, saca un pueblo!! . . . ¡El soplo, en fin, que formó la inteligencia humana!! . . .

Cuando colocado en un punto de vista tan elevado considero los tropiezos que nuestra Sociedad, debe por precisión encontrar para llegar hasta aquella situación, no puedo ménos que despreciarlos en su insignificante pequeñez, si los comparo con la magnitud de mis esperanzas. ¿Seremos, por desgracia, tan necios, que ante un obstáculo que, sin duda, traspasaremos, depongamos todos nuestros proyectos concebidos hace cinco años y considerablemente aumentados de día en día? ¿Nos desanimará un estorbo cualquiera, para seguir un camino á cuyo fin encontraremos la gloria que ambicionamos? Me cabe la satisfacción de no abrigar tan extraños temores.

Porque, Señores, es necesario confesar la verdad; unos jóvenes que por cinco años han trabajado con constancia en la obra que emprendieran; unos jóvenes á cuyos grandiosos proyectos todo lo sacrifican; unos jóvenes que con la mirada fija en el porvenir, llenos de fé, con el corazón henchido de entusiasmo, nada esperan del presente; esos jóvenes son capaces de mucho, Señores. Y si á todo esto se agrega que entre ellos hay algunos cuyos talentos no son inferiores á los que veneramos como maestros en la literatura, ¡cuantas probabilidades no se aglomeran para fundar nuestras esperanzas! ¡Cuantos motivos para augurar un porvenir brillante á nuestra sociedad!

Yo por mi parte, os lo digo con ingenuidad, me complazco en titularme socio de la Esperanza y compañero vuestro. Siento un dulcísimo placer al considerar, que si yo no